

Presentación

El debate educativo en momentos como el actual, en que hay grandes cambios sociales, culturales, laborales y profesionales implica a todos los colectivos que de una manera u otra están vinculados, y adquiere una dimensión tan amplia que, muy a menudo, exige buscar las raíces de muchas de las situaciones que preocupan fuera del propio colectivo que lleva a cabo el análisis.

Los principales protagonistas en este debate son, sin duda, las personas estrechamente vinculadas a los contextos donde viven niñas y niños y adolescentes; es decir, las familias y los centros educativos, puesto que les corresponde de manera directa asumir más responsabilidad y dar una mayor atención de manera continuada.

Su vinculación se debe valorar cualitativamente y no solamente desde el punto de vista cuantitativo. Con respecto a la familia, especialmente por los vínculos afectivos que se crean desde los primeros momentos de vida y que tienen duración más allá de la permanencia en el domicilio familiar, y por la dependencia y responsabilidad absoluta en el bienestar, el crecimiento y la maduración.

En cuanto a la escuela, la vinculación se fundamenta en la responsabilidad profesional en relación al proceso educativo del alumnado desde los primeros años de vida hasta al menos los dieciséis años, y a la necesaria dinamización, comunicación y liderazgo de la comunidad educativa a lo largo de todo el proceso.

Pese al protagonismo cotidiano de estos dos colectivos, su voz no siempre es la que tiene más fuerza o autoridad en la interpretación de las dificultades o retos, y sus acciones no siempre son analizadas en profundidad. Esto hace que estén en el foco de los análisis de otros profesionales que también muestran un interés más o menos sobredimensionado para encontrar causas y respuestas a los retos educativos de hoy.

Las afirmaciones, las ideas que van surgiendo fruto de búsquedas y de este debate social muy a menudo acaban en conclusiones que les afectan directamente, pidiendo cambios, proponiendo mejoras y ofreciendo orientaciones sobre cómo deben modificar su actuación sin valorar en profundidad las variables que intervienen lo que, a menudo, acaba haciendo más frágil a las personas y especialmente al grupo escolar y al familiar.

Como consecuencia lógica, la relación que se establece durante los años que comparten criaturas y responsabilidades se hace cada vez más difícil,

y provocan mayor desconfianza, reproches mutuos que a menudo hacen casi imposible el diálogo, que se pueda hablar de oportunidades y, sobre todo, dificulta poder tomar decisiones conjuntas y buscar la mejor manera de llevarlas a cabo. Mientras, las criaturas son testigos de estas dificultades relacionales y acaban aprendiendo estrategias para aprovechar las desavenencias.

Cuando se ha creado este ambiente poco propicio a la reflexión conjunta y con el sentimiento de fracaso asociado, la cantidad de información que se recibe a través de todos los canales de comunicación acaba por desorientar a todas las personas y de forma directa a todas las familias, menos cohesionadas que el colectivo profesional, tengan el nivel cultural que tengan, lo que acaba contaminando tanto el posicionamiento de las personas profesionales en activo como el de las nuevas generaciones que se forman en un contexto de desconcierto.

Es pues un momento apropiado para hacer una reflexión en profundidad del contexto familiar desde diferentes puntos de vista, con la aportación y participación de colectivos que están profundamente vinculados y que permita hacer pasos sólidos hacia un cambio de posicionamiento y de manera de enfocar el debate sin descalificaciones previas y partiendo del interés mutuo que se centra en la educación de niños y adolescentes.

Para poder modificar este ambiente poco favorable, hace falta poner énfasis en los enfoques que otorgan a las familias conocimiento, competencias y autoridad para educar a las propias criaturas. A partir de un enfoque que inicialmente ya reconoce el protagonismo familiar se podrá iniciar este diálogo imprescindible sin descalificaciones y desvalorizaciones para considerar el punto de vista de las personas que están directamente vinculadas, las implicaciones emocionales y afectivas de la situación que se vive y la manera como se pueden continuar, mejorar o cambiar (parcial o totalmente) las acciones educativas que se realizan sin generar indefensión o culpas para despertar actitudes colaborativas.

Hace falta alertar a todos los colectivos implicados desde un modelo de investigación, reflexión y participación para poder partir del propio posicionamiento, de la manera de afrontar la práctica educativa cotidiana, de las necesidades reales, de las percibidas y de las posibilidades de participar en este proceso.

Es fundamental dar a conocer las experiencias que, a partir de la incorporación de este modelo más participativo, han podido hacer emerger la potencialidad de este debate colectivo, el interés por parte de toda la comunidad y la mejora de las relaciones y colaboración para establecer líneas de acción educativa compartidas.

Dificultades sin duda hay porque hay demasiada carga simbólica por parte de todos los colectivos; pero sólo el diálogo y un debate continuado podrán hacer disminuir estas divergencias y descubrir que hay más aspectos a compartir que a discrepar y permitirá visualizar y replantear el rol que corresponde a cada generación al margen de las posibles necesidades personales o de un colectivo concreto.